



NUEVA RELACION
DEL QUE METIÓ LA CABEZA.

Con el motivo, señores,
 de haberse proporcionado
 ocasion en que yo puedo
 á tan ilustre teatro
 servir con mi habilidad,
 si es que alguna me ha quedado,
 pues con la continuacion
 de andar en tanto fandango,
 la habilidad y salud
 va una y otra cuesta abajo,
 y es para mí cuesta arriba
 el ponerme á ejecutarlo,
 porque con la experiencia
 ya lo tengo observado
 en otros varios amigos
 que en versos se han ocupado,
 cuyos nombres no refiero,
 porque temo que al nombrarlos
 lo que mi voz acredita
 será desacreditarlos:
 solamente he conseguido
 por servir á tantos, tantos,
 tras de muchas malas noches,

tras de muchos malos ratos,
 tras de perder el bolsillo,
 el pañuelo y los zapatos,
 linterna, espada y sombrero,
 y andar de noche á milagros,
 á él, hágame usted el favor,
 á él, beso á usted la mano;
 y ser preciso gastar
 el dinero en convidarlos.
 Por todas estas razones
 lo que un hombre ha adelantado
 es que la envidia de muchos
 que son unos pelagatos,
 y no valen sus orejas
 para limpiarme el zapato,
 venga ó no venga ocasion,
 sean ó no preguntados,
 dicen: ¿quién, Fulano? ¡ah!
 ese es un hombre ordinario:
 ¿y por qué? porque no ha ido
 á servirles siempre y cuando
 á ellos se les ha ofrecido
 el armar algun fandango:

aunque un hombre es bien nacido
y, á Dios gracias, bien criado,
si es fandanguero, ninguno
quiere llevarle á su lado.
Por fin, vamos al asunto;
contaré un chiste pesado
que me sucedió á mí mismo
habrá poco mas de un año,
al mismo mes de Setiembre,
que á Octubre está inmediato.
Salí, pues; á pasearme
con los piés en los zapatos,
tan delgaditas las suelas
y el corte tan desgastado,
que todo el que me veía
pensaba que iba descalzo;
con unas medias calcetas
enseñando los zancajos,
con mucho zurcido arriba
y no poco agujero abajo,
y por medio parecia
las habian picado grajos.
Al calzon de terciopelo
solo el terció le ha quedado,
que por ser el terció viejo
cayó el pelo y quedó el casco;
este con la hermana chupa
estaba tan hermanado,
que aunque ella era de pelo,
por lo fino quedó raso.
La capa aunque de invierno,
era tambien de verano,
de paño de rasalema
por lo claro de alto á bajo,
pues que sin desembozarme
daba á cualquiera la mano.
El sombrero era tan fino
y estaba tan afinado,
que da á entender lo bueno
del amo, y de él lo malo:
por faltarle goma y tinta
siempre lo llevo en la mano;
vean ustedes aquí
todo mi adorno explicado.

En cuanto á ropa interior,
si es que debo yo juzgarlo,
en diciendo capuchino,
todo queda declarado.
En fin, salí como he dicho,
y me fuí paso entre paso
hácia el puente de la Paja;
apenas me hube sentado;
cuando ví venir dos damas
de esas que hay de tres al cuarto,
que me miraron atentas,
en sus señas demostrando
con grande encarecimiento
que las habia de dar algo;
en tocando á generoso,
siempre yo he sido bizarro,
y porque no se dijera
que habia andado escaso,
las di de conversacion
mas de tres horas ó cuatro,
y luego las convidé
para rezar el rosario,
y por ser poco devotas
sin admitir semarcharon.
Como era noche de encierro,
poco á poco paseando
me fuí hácia la carrera
por ver si veia algun fandango;
encontré con dos amigos;
despues que nos saludamos,
me dicen si quiero ir
porque van determinados
á correr toda la noche,
como se dice, de gallo.
Corrimos muy bien la tuna,
gastamos muy buenos cuartos,
pero gastaron los otros,
porque si he de hablar claro,
no tenia qué gastar
si no gastaba mis cuatro.
Llegamos, por mi desgracia,
porque el lance fué pesado,
á la calle de la Feria;
oigo un cerrojo y me paro:

con lo claro de la noche,
porque alumbraba muy claro
la luna, ví en una reja
que menean una mano;
llego y pregunto: ¿es á mí?
y me responde: sí, ingrato,
desconocido, cruel;
yo la respondí: es engaño,
señora, errásteis el tiro;
si serviros puedo en algo,
vereis que de ese sujeto
soy todo muy al contrario;
viendo yo que va de veras,
y que á nadie se ha inclinado
de los tres, sino es á mí,
alegre dije á mi sayo:
sí, le he parecido bien,
sin duda soy aquí el gallo:
les dije á mis compañeros
me esperasen mas abajo;
que no pierdo la ocasion
que se me ha proporcionado.
Dióme mil satisfacciones,
de amor y celos tratamos,
y ya cansado de estar
con el gallipavo alzado,
la dije: adorado dueño,
dame licencia que un rato
me encaramo en esta reja
á gozar mas inmediato
de esos luceros las luces
y el amor de aquesos lábios;
y sin aguardar razones
á la reja me encaramo;
como está sin celosías
la cabeza fuí soplando
por entre los mismos hierros,
y así que la hube soplado,
me quedé admirado en ver
un salero tan salado.
Por mi desgracia pasó
un mozuelo con un hacho
encendido, y la señora
en mi trage reparando,

se iba poniendo sería
y del sitio retirando:
yo la dije: sol divino,
esta sorpresa la extraño;
dijo arrancando á correr:
váyase con dos mil diablos,
pelagatos, jarambel,
espetera de guiñapos.
Bonito quedé, y peor
al procurar ir sacando
la cabeza de entre los hierros,
que por mas fuerza que hago,
por mas tirones que doy
y por mas trazas que trazo,
en llegando á las orejas
vuelvo á quedar atascado.
¡Caramba! dije, ¡mi oreja!
esto es peor que malo;
tira que tira, y los hierros
mas firmes que los diablos;
la capa se me cayó,
tambien andaban rodando
los zapatos y el sombrero.
Los que estaban aguardando,
viendo que yo me tardaba,
á la reja se arrimaron
diciendo: mira que es tarde,
y me hallan pataleando:
me preguntaron: ¿qué es esto?
yo dije: son mis pecados,
ó los diablos del infierno
que me tienen amarrado;
ved si me podeis sacar
aunque sea hecho pedazos.
Viendo del modo que estaba,
entre los dos me agarraron;
uno tira de los piés,
otro tira de las manos
para sacarme de allí,
mas solo me iban sacando
uno vara de pescuezo,
y casi me iban ahorcando.
Estando en estas fatigas,
vieron venir á lo largo

30
gente que traia luz;
entonces ellos, pensando
que era la ronda, se fueron
y en el cepo me dejaron;
yo que los oigo decir:
¡la ronda vienel á Dios clamo;
¡qué sudores, qué fatigas!
llamaba á todos los santos.
En este tiempo que llegan
los que por ronda juzgaron,
y no eran sino mozuelos
que se iban paseando;
llegaron allí, y al verme
todos se iban parando,
dice uno: ved qué Judas
en esa reja colgado;
otro dice: es la bandera
de algun tercio derrotado.
Señores, mayor vergüenza
en mi vida no he pasado;
otro chusco, con la espada
el trasero me ha pinchado,
yo con los piés me defiando
y él repite los pinchazos.
Luego viene otro bufon
diciendo disimulado:
¡ay qué lástima de mozo!
aquí lo mas acertado
es buscar una geringa,
y con sal, pimienta y ajo
echarle una lavativa,
que si no le refrescamos
puede darle un tabardillo.
Y si hubieran encontrado
la geringa, me la encajan,
que estaban determinados
en hacerlo; pero al fin
ellos me desatacaron,
me dejan caer las bragas;
yo maldiciendo y votando
estaba hecho un veneno,
y ellos se estaban holgando;
cada vez que echaba un voto

tomaba uno un zapato,
otro me alzaba el pañal
y me daba un zapatazo,
diciendo: si eres blasfemo
mira que aprieto la mano.
A los gritos que yo daba,
los vecinos inmediatos,
unos sacaban candiles,
y otros mechones de esparto:
y luego salió una vieja
con un velon en la mano,
diciendo: ¡ay qué espantajo!
da compasion el mirarlo.
Luego un hombre compasivo,
el que sin duda era un santo,
fué y trajo una palanqueta
con la que fué retirando
los hierros, hasta que pude
ir poco á poco sacando
la cabeza, y me dejé
todo el pellejo pegado
en los infernales hierros,
y cayendo y tropezando
eché andar la calle arriba,
y á pocos pasos que he dado
se me presenta la ronda;
yo como iba tan turbado
no pude darles razon
á lo que me preguntaron.
Se llenaron de sospecha,
de los brazos me amarraron,
me metieron en la cárcel,
á otro dia se informaron,
y á buena composicion
me costó cuatro ducados.
¿No quedé con lucimiento?
¿No quedé arregostado
para hablar con las señoras?
¿No ha estado bonito el chasco?
Al fin escapé con bien,
y lo que tengo pensado,
es meterme en un convento
y ver si puedo ser santo.